STRADELLA,

COMEDIA EN UN ACTO

ARREGLADA PARA EL TEATRO ESPAÑOL

POR

D. JACINTO DE SALAS Y QUIROGA,

ETC., ETC., ETC.



MADRID.

IMPRENTA DE D. JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

1838.

PERSONAS.

Alejandro Stradella.
Un desconocido, *el gran duque de Toscana.*
Malvolio.
Carcaso.
Belmonte, *agente de policía de Florencia.*
Blanca, *jóven veneciana, muger de Stradella.*
Felipa, *su aya.*
Esbirros.
Acompañamiento del gran duque.

La escena es en Florencia hácia mediados del siglo XVII.

Se hallará en Madrid en las librerías de *Escamilla* y *Cuesta*, donde se encuentra la Coleccion del Teatro moderno.

STRADELLA.

Una habitacion amueblada modestamente, y segun el gusto del renacimiento. Una puerta en el fondo que comunica con la parte esterior; encima de esta puerta una Vírgen en su nicho. A la derecha del espectador, en último término, una ventana; mas inmediato al público la puerta que conduce á la habitacion de Blanca, y en parte retirada un piano. A la izquierda una ventana en último término. Del mismo lado la puerta de una escalera escusada, cubierta con un gran cuadro.

ESCENA PRIMERA.

FELIPA, *saliendo por la puerta de la derecha.*

Descansa...! Bendito sea el Señor...! Delante de ella tengo que reprimirme por no aumentar su dolor... pero cuando estoy sola, puedo al menos lamentarme á mis anchas, y al menos esto consuela, y no poco...! Pobre Blanca...! la mas rica y noble de cuantas en Venecia tienen padre noble y rico! Quién me lo hubiera dicho en otro tiempo, á mí, su fiel aya, que habia de verla huyendo, reducida á ocultarse en un arrabal de Florencia? Y si no fuera mas que ella, pase... á su edad el amor sirve de todo; eso bien me lo sé yo; la Vírgen bendita me perdone...! Pero, pensando en los peligros que de un momento á otro pueden amenazarlos á ella...

y sobre todo á su marido...! Cada vez que llaman á la puerta, la sangre se me hiela en las venas. (*Llaman.*) Dios mio...! ya estoy temblando. Miremos, antes de abrir. (*Se asoma á la ventana.*) Un hombre de malas trazas...! Dios eterno...! y entra...! Ya, mi amo al salir, se habrá olvidado de echar la llave... estos artistas son distraidos de tal modo...! corramos...!

(*Al punto de dirigirse al fondo, ábrese la puerta, y sale Carcaso.*)

ESCENA II.

CARCASO. FELIPA.

Car. (*En trage raido, aspecto ridiculo, y grotescos modales.*) Nuestro Señor dé felices dias á la señora...

Fel. Digo! colarse asi, sin esperar á que os enseñen siquiera el camino...!

Car. Quise evitaros esa molestia... estaba la puerta abierta...

Fel. Y por quién preguntais...?

Car. (*Con misterio.*) Por el señor Stradella.

Fel. (*Turbada.*) Cómo...? qué es eso...? No entiendo... no conozco...

Car. Asi se responde á todos; pero á mí, que vengo como compañero...

Fel. Sois músico...?

Car. Soy Carcaso, humilde cantante.

Fel. (*Como desconociendo este nombre.*) Ese nombre...!

Car. Ah! no es tan conocido como el del muy ilustre señor Alejandro Stradella, vuestro amo. Amiga, él empezó por donde otros quisiéramos acabar. Yo, que os hablo, hace veinte años que canto, y toda-

vía no he podido encontrar una escala digna de elevarse hasta él.

Fel. Pero, qué es lo que quereis...?

Car. Hacer un favor á vuestro amo.

Fel. (*Midiéndolo de pies á cabeza con desden.*) Un favor...! Y qué favor...?

Car. (*Despues de haber mirado con misterio en torno suyo.*) Vengo á avisarle que no está seguro.

Fel. (*Aparte.*) Noticia fresca. (*Alto.*) Tendríais por casualidad algun dato particular...?

Car. Cómo si tengo! y muchos...! Al ganar el corazon de su discípula, la señora Blanca Grimaldi, al decidirla á abandonar Venecia con él, mi ilustre compañero se ha portado como un gran compositor; y con un solo tema, una simple fuga, quién sabe cuántas cosas ha hecho...!

Fel. Cómo...! Hay algun otro enemigo á mas del conde Grimaldi, el tio y tutor de mi señorita...

Car. Oh...! en cuanto á ese, como buen diplomático, solo se valdrá de notas... de protocolos... y eso es muy largo... pero desgraciadamente tenemos á mas que habérnoslas con el señor marqués Morosini, prometido esposo de la jóven robada...

Fel. Dios nos la depare buena...! pero qué derecho da ese título de prometido esposo...?

Car. El derecho mas terrible... porque á falta de título jurídico, se emplean armas de mas pronto uso, y de todos modos mas seguras... por ejemplo, (*Mostrando un puñal.*) una cuarta de buen acero, y una mano firme...

Fel. Dios mio...! qué horror...!

Car. Sin duda que es horroroso, pero es costumbre...! Á mas tenemos que habérnoslas con la señora Hortensia...

Fel. La coquetilla del barrio de los Esclavones, la viuda de un procurador...?

Car. La misma. Recien llegada á Venecia, parece que mi enamorado compañero la ha obsequiado...

Fel. Hola...! esa teníamos...!

Car. Ella parece que no se mostró uraña... esta beldad quiere hoy hacerle el favor... Segundo puñal...! Ya veis que está entre dos precipicios mi querido compañero.

Fel. Quién creería eso...? gente de las primeras familias de Venecia, cuyo nombre está en el libro de oro, recurrir al asesinato...! no es horroroso...

Car. Mucho que lo es... pero es costumbre... y os advierto que un espadachin ha salido ya de Venecia...

Fel. Un espadachin...! tiemblo... pero estais bien cierto de ello...?

Car. Oh! no me cabe duda... lo sé... oh! lo sé... personalmente. Es el danzante de mas invencion... Mirad... estoy por asegurar que en este momento se ocupa solo en idear el medio de introducirse aqui, bajo cualquier pretesto, para conocer el terreno, combinar su plan, y despues... (*Hace señal de clacar un puñal.*)

Fel. Dios eterno...! Ah...! Señor...! podríais darme al menos las señas de ese mal hombre, para que procure yo conocerle...?

Car. Segun lo que he oido decir... es un buen mozo... fisonomía graciosa... talento... modales muy finos...! (*Aparte.*) No he hecho muy mal mi retrato.

Fel. Válgame el Señor...! tener una que desconfiar de las personas que mejores trazas tengan!

Car. Muchas veces conviene hacerlo asi...! Os aconsejo ademas que, si existe por casualidad en es-

ta casa algun pasadizo, alguna salida secreta...

Fel. (*Volviendo involuntariamente la vista hácia la puerta secreta.*) Ay...! Dios mio...! esta escalera secreta... la puerta no está cerrada...

Car. (Bueno...! ese es el camino... necesito la llave.) (*Alto.*) Cómo...? cómo...? teneis una escalera secreta y dejais la llave en la puerta...! Qué imprudencia...!

Fel. Teneis razon...! voy á...

Car. (*Deteniéndola.*) No os molesteis, no os molesteis, señora... yo lo veré por mis propios ojos... Cuando se trata nada menos que de la vida de un compañero, del gran maestro Stradella... Dios mio...! (*Cerrando la puerta de la derecha.*) Asi... Ahora quitemos la llave, y sobre todo guardémosla con cuidado... Hay tantos malvados que llevan siempre consigo llaves falsas... (*Saca una con sutileza de su bolsillo.*) Un cambio... (*Cambia de llaves.*) se hace al momento... vos no las sabríais distinguir... (*Le da la llave falsa.*) Tomad vuestra llave.

Fel. (*Guardándola.*) No saldrá de mi bolsillo.

Car. Una vez que ya he conseguido el honroso objeto de mi visita, permitid... (*Saluda para retirarse.*)

Fel. Os vais ya... No dejeis de volver á ver á mi señor...

Car. Por supuesto... esas intenciones tengo.

Fel. (*Acompañándole.*) El cielo os haga feliz en cuanto emprendais...

Car. Asi lo espero... Cuanto puedo hago para lograrlo. No os incomodeis... ya conozco el camino. (*Aparte, al retirarse.*) Desafio ahora á todos mis rivales, hasta á este hipócrita Malvolio.

ESCENA III.

FELIPA.

Qué hombre tan honrado...! mereceria ser canonizado...! Y yo que tenia desconfianza de él nada mas que por sus trazas... Qué gran favor le debo...! gracias á su celo, no vuelvo á tener un instante de tranquilidad... Espadachines...! asesinatos...! Cuando imagino que á menudo nos quedamos solas, mi señorita y yo, en esta casa, que está en sitio tan retirado...! Si al menos tuviéramos un buen criado que pudiera hacer centinela, y defendernos en caso de necesidad... Pero cómo hallar una persona de confianza en esta ciudad, en donde no conocemos á nadie...? Ah...! Vírgen Santa, protégenos...!

ESCENA IV.

BLANCA. FELIPA.

Blan. (*Saliendo por la puerta de la derecha.*) Protegernos...! y contra quién, Felipa...?

Fel. (*Aparte.*) Mi señorita...! no la asustemos. (*Alto.*) Nada, nada, señorita. Estaba haciendo oracion... Pero qué tal, se ha descansado...?

Blan. Apenas he podido conciliar el sueño... el sueño mas triste, en que me veía separada de mi Stradella...

Fel. Ya, ya, una pesadilla; ya sé lo que es... (*Aparte.*) Una acabo de tener, una, y despierta.

Blan. Cómo tarda en venir...?

Fel. Para qué atormentaros...? No puede haberse detenido en casa del comerciante, que debia pagarle hoy esas letras?

Blan. Eso es lo que estoy esperando, para que podamos irnos á Roma, en donde el favor del santo padre ofrece á Stradella un asilo inviolable.

Fel. Desgraciadamente todavía no hemos llegado allá, y me parece que para estar seguros en Florencia, lo mejor hubiera sido implorar la proteccion del gran duque de Toscana, el príncipe Fernando II de Médicis.

Blan. Lo pintan tan generoso...! tan popular...!

Fel. Como que dicen que se pasea solo por las calles como un cualquiera, y que visita á los artistas célebres, y entra en las casas de comercio, en las tiendas, en el casino, para verlo todo por sus propios ojos. Ah! si un hombre como mi amo se dirigiese á él...!

Blan. Tienes razon; pero cuando le he dicho esto mismo á mi marido, ha rechazado mi idea con tal repugnancia...

Fel. Y por qué?

Blan. No lo he podido adivinar.

Fel. Un capricho tal vez.

Blan. Pues bueno, aunque eso sea, le daré una prueba de amor respetando hasta sus caprichos.

Fel. Buena moral es esa... yo le respeto tambien, le quiero mucho, pero... hacer caso de sus caprichos...! demasiados ha tenido, y que nos cuestan caros, por cierto; testigo el dia de la escapatoria: si no se hubiese negado á tomar...

Blan. Ah! cállate; ese rasgo ha aumentado mi amor.

Fel. Y disminuido vuestro bolsillo.

Blan. Cómo olvidar la grandeza de su conducta...!

acababa mi tio de negarle con desden mi mano, que yo le daba con mi corazon, y no contento con esta afrenta, le habia intimado, en su calidad de magistrado, que saliese del territorio de la república en el término de veinte y cuatro horas; y cuando opusimos á esta tiranía un casamiento secreto y la fuga, cómo hubiera podido esponerse á que se creyese que habia obrado por vil interes...! Oh! me parece verle todavía, cuando en el momento de huir trajiste tú la caja que encerraba mis diamantes...! qué bello me pareció cuando volviendo á mí los ojos me dijo: "no, no, de ella, no quiero mas que á ella sola. — Una vez que yo le he de deber mi felicidad, débame ella la riqueza."

Fel. Buena riqueza te dé Dios. — La que os ha dado hasta ahora...

Blan. (*Sonriendo.*) Mejor, con eso nadie nos conocerá... las privaciones disfrazan...

Fel. Cáspita! Y algunas veces demasiado...

Blan. Y qué importa eso? Nada me falta cuando mi Stradella está á mi lado, cuando le veo, sobre todo cuando le oigo... oirlo! Dios mio! en mi familia, en toda Venecia le acusan tal vez de haber usado de artificios para seducirme... cómo se engañan... solo usó de uno, y muy sencillo... su canto. — Quién, al escuchar su voz, no siente conmovido el corazon! Qué me importa lo que me rodea en la tierra, cuando me imagino estar en los cielos...

Fel. En los cielos...! (*Mirando la habitacion.*) Por la Vírgen bendita que si el paraiso no está mejor pertrechado que esto, no habia para qué vivir tantos años sin mancha.

Mal. (*Cantando al pie de la ventana.*)

Salve, piadosa señora,
Amparad á un peregrino
Que, en nombre del ser divino,
Vuestra compasion implora.

Fel. Escuchad... vos que amais tanto el canto, os ha dado ese peregrino por el gusto.

Blan. (*Sonriendo.*) Oh! no se parece su voz á la de mi Stradella; pero canta; toma... dale esa moneda... es la última que me quedaba... Esto será buen agüero para mi marido.

Fel. (*A la ventana.*) Tomad, amigo. (*Arroja la moneda.*) Pero...! Dios mio, qué veo...! no me engaño, no...; entrad, entrad, amigo!

Blan. Qué es eso, Felipa?

Fel. Una inspiracion, señora. Conozco á ese peregrino de haberlo visto hace mas de dos años en la iglesia de San Marcos, orando con un fervor que edificaba. El cielo nos le envia, señora...!

Blan. Pero... qué tiene que ver...?

Fel. Buscabais un criado seguro y fiel que nos acompañase á Roma...

Blan. Y crees tú que ese peregrino...?

Fel. Respondo de él como de mí misma. Es un modelo de piedad... y luego... es tan honrado... ofrecia el agua bendita con una soltura... Aqui está, mirad qué santo rostro.

ESCENA V.

LOS MISMOS. MALVOLIO *en trage de peregrino.*

Fel. Acercaos, acercaos, buen peregrino.
Blan. No venís de Venecia, amigo?
Mal. (*Con tono hipócrita.*) Sí señora.
Blan. Y vais á...?
Mal. A Roma.
Fel. A Roma?
Mal. A Roma, á besar la sandalia del santo padre y ganar las indulgencias...
Blan. Cómo os llamais?
Mal. Malvolio.
Blan. Cuál es vuestro oficio?
Mal. Para serviros, la Serpiente de la Escritura Santa.
Fel. Cómo?
Mal. Serpiente, para serviros... Yo soy el que en la misa unas veces atrueno con mi voz, otras enciendo las luces, otras me doy golpes de pecho. En fin, soy el ejemplo vivo de una serpiente.
Fel. Hola!
Blan. No teneis otro oficio?
Mal. Sí tal, señora; unas veces doy al fuelle en el órgano, otras lloro en los entierros; y cuando me sobra tiempo, ruego á Dios por las animas del purgatorio.
Fel. (*A Blanca.*) Qué tal...? No os decia yo que era un santo varon? Con que, en qué quedamos?
Blan. Bueno, haz lo que quieras. (*Se acerca á mirar á la ventana.*)
Fel. (*A Malvolio.*) Respondedme. Si se presentara una ocasion de concluir vuestra peregrinacion en un

buen carruage, sirviendo á un hombre generoso que os recompensara bien...

Mal. Con tal que fuera con personas piadosas que no me indujeran en tentacion.

Fel. Conmigo...

Mal. Oh! entonces no hay tentacion que temer.

Blan. (*Alborozada.*) Ahí está, ahí está; de bien lejos le he visto.

Fel. A quién? A mí, señora?

Blan. Voy corriendo á recibirle. (*Se va por la puerta del fondo.*)

Fel. (*A Malvolio.*) Seguidme á la cocina.

Mal. Al momento... dadme solamente el tiempo de rezar una salve á la Vírgen para santificar mi entrada aqui. (*Se pone de rodillas.*)

Fel. Asi me gusta; el alma antes que el cuerpo; dadme vuestro baston, que os incomodará. (*Lo toma y se va por la derecha.*) Es un tesoro este muchacho...!

ESCENA VI.

MALVOLIO, *levantándose así que Felipa sale.*

Por fin... ya he llegado... y estoy en estado de ganar los doscientos cequíes del señor Morosini, sin temer que ese judío Carcaso siga mis pasos...! como hace siempre. (*Con uncion.*) Ah...! hé aqui lo que es frecuentar las iglesias... Dios protege á los que le sirven. Ahora ya estoy seguro de ganar ese dinerillo, que no me vendrá mal... Pero, vive Dios, que he de cumplir bien con mi deber.., mi oficio es como otro cualquiera... con tal que lo ejerza uno lealmente... (*Al oir pasos se retira á un lado.*)

ESCENA VII.

STRADELLA. BLANCA. MALVOLIO.

Blan. Cuánto has tardado...! Estás sudando, mi querido.

Stra. En verdad estoy despedazado... he andado tanto... (*Reparando en Malvolio, que se adelanta con gazmoñería para cogerle el sombrero.*) Es ese el hombre de que me has hablado?

Blan. Ese es.

Mal. (*Haciendo reverencias.*) Señor...

Stra. Bueno, bueno, amiguito. Podeis ir allá dentro.

Mal. (*Saludando.*) Sí, señor...! (*Aparte al retirarse.*) Qué pedazo de hombre...! Si lo hubiese yo visto antes, hubiera pedido doble paga. (*Stradella se vuelve á él con impaciencia. Malvolio se inclina con gesto hipócrita.*) Sí, señor...

ESCENA VIII.

STRADELLA. BLANCA.

Stradella se sienta distraido; Blanca se acerca á él y lo mira con ternura.

Blan. Qué pensativo estás, querido mio...

Stra. (*Tomándole la mano.*) De veras...? Pues entonces hago mal, porque tu presencia debia bastarme para desvanecer todos mis disgustos.

Blan. Con que tienes disgustos?

Stra. Ya que no te lo puedo acultar, te diré que sí. Hoy todo parece conspirar contra nosotros, y sin

embargo, en medio de mis pesares conozco que la fortuna no ha sido del todo injusta; (*Con ternura.*) no me ha concedido el mas envidiado de sus bienes? y no es justo que me lo haga pagar...?

Blan. Ah! ya lo temia yo... algun nuevo peligro de que yo soy la causa... Eras tan dichoso antes de conocerme...

Stra. Pues hija, te sienta como hay Dios ese lenguaje, á tí que has perdido por mí la mas brillante fortuna...! Ten valor, angel mio. Despues de la tempestad el azul del cielo es mas hermoso.

Blan. Cómo te agradezco el que me consueles asi...!

Stra. Caspita! si uno se dejase vencer por la adversidad, no merecería ni el nombre de artista...! A mas, no hay nada perdido; si he cometido una imprudencia...

Blan. Qué imprudencia...! dímelo.

Stra. Si no me riñeras mucho...!

Blan. No te reñiré; cuéntamelo, cuéntamelo, por Dios.

Stra .Hace un rato, cuando fuí á casa de ese bendito comerciante, no me fue posible hablarle, porque dormia aun; si le hubiera ido á llevar dinero, le hubiera dispertado... pero como iba á buscarlo...

Blan. Prosigue.

Stra. Obligado á pasearme para pasar el tiempo hasta la hora de volver, yo no sé cómo me dejé tentar, á pesar de tu prohibicion, pero lo cierto es que...

Blan. Qué? acaba.

Stra. Entré en la catedral...

Blan. En la catedral... cielos! en el sitio mas frecuentado de Florencia! esponerte á ser reconocido! Eso es horroroso... eso es no tenerme amor ninguno.

Stra. (*Sonriendo.*) Y decia que no me habia de reñir.

Blan. Te habia rogado tanto que no entrases en mas iglesia que en la de este apartado arrabal!

Stra. Ya: en la capilla del convento vecino! pero si la música que alli se oye...! todas voces de muger... ni un bajo, ni un miserable tenor, mientras que, al pasar por delante de la catedral, estaban precisamente diciendo la misa... oí de lejos zumbar una armonía llena, viril, voces magníficas de hombre; vamos, aquello solo incitaba; y por colmo de tentacion, adivina lo que cantaban: un trozo de música mio, querida, mi hermoso *credo*... Tú le conoces, y sabes que no es solo á su padre á quien le parece sublime.

Blan. Me tienes en brasas...

Stra. No le cantaron mal, y si no hubieran ido demasiado piano, hubiera quedado contento de ellos, menos de uno solo: el tenor; figúrate, querida mia, un hombre con el peor gusto del mundo... que en melodías enteramente sencillas, meramente de espresion, va á mezclar adornos y floreos del género mas estravagante.

Blan. Ahora no se trata de eso... esa imprudencia...

Stra. Ya llegaremos á ella, hija mia; pero... aquel maldito tenor hizo que se me irritasen los nervios... hacia una hora que estaba ya volado, cuando hé aqui que llega á una frase que habia escrito yo para mí, para este pecho... y el infame, creerás que ha tenido el atrevimiento de desfigurármela con un rasgo? pero, qué rasgo! vamos, ya era por demas; no pude resistir, y en mi indignacion...

Blan. Qué has hecho?

Stra. He restablecido la pureza del texto, he cantado la frase; sí, es preciso confesártelo todo, en un momento de olvido he dado mi *do* de pecho, lo què

ya sabes que solo hago cuando estoy con las personas á quienes amo; luego conocí la locura, y hubiera querido poderle recoger, pero ya era tarde; hija mia, en la vida he visto sensacion general como la que produjo, ni mayor tumulto, ni entusiasmo parecido en la iglesia... Quién ha podido cantar asi? decian; solo Stradella en el mundo es capaz de eso! Y no se oía mas que pronunciar mi nombre por todas partes.

Blan. Me haces temblar.

Stra. No es verdad que es terrible? pero al mismo tiempo era delicioso; si me hubiese dejado llevar de mi entusiasmo, hubiese gritado: pues bien, sí, es Stradella, soy yo.

Blan. Dios mio!!

Stra. No tengas miedo: he pensado en tí, y eso me ha salvado; el amante, el marido de Blanca ya no tenia derecho de arriesgar su libertad; me confundí con la mutiltud, y desaparecí. Pero segun parece, mi aventura ha circulado pronto por toda Florencia, porque una hora despues, cuando me presenté en casa del comerciante, le he encontrado conversando con un hombre de muy buenas trazas, por mas señas que habia oido contar la nueva, y que decia: no hay duda, Stradella ha venido de incógnito á Florencia.

Blan. Ay! amigo mio, no perdamos ni un solo minuto, salgamos para Roma antes de que anochezca.

Stra. Márchar! Eso pronto se dice... pero... sin dinero...?

Blan. Cómo! Esas letras de cambio vencidas hoy mismo...?

Stra. Nuevo contratiempo; acabo de recibir, me di-

jo el comerciante considerando las letras, una contraorden del que las ha firmado, del judío Salomon.—En su carta me dice que era el pago de una venta que le fue hecha de objetos artísticos, pero...

Blan. Ah! ya adivino, tus cuadros, tus estátuas! por mí lo has vendido todo!

Stra. Y sin pena; por desgracia la venta ha sido nula, porque ha añadido el comerciante: el consejo de los diez ha secuestrado todos los bienes del vendedor, el señor Stradella.

Blan. Qué escucho! todavía esta nueva persecucion...!

Stra. Todo es contra nosotros hoy.

Blan. Qué va á ser de tí, reducido á ocultarte, sin recursos, sin un solo amigo!

ESCENA IX.

LOS MISMOS. FELIPA. MALVOLIO.

Fel. (*Agitada.*) Señor! mi querido señor...!

Stra. Dios mio! qué ocurre, Felipa?

Fel. Os persiguen, señor; han adivinado vuestro paradero; abajo, á la puerta, un desconocido pregunta por vos, os llama por vuestro verdadero nombre.

Blan. Ah! querido mio! Huye, huye, por Dios! esa escalera secreta...

Fel. Aqui está la llave.

Mal. (*Tomándola con precipitacion.*) Dádmela, yo abriré.

Stra. Qué! cuando se acerca el peligro iré á huir yo como un cobarde? negaré mi verdadero nombre? Mi nombre sin mancha, y que ya es el tuyo? no, no; Felipa, abre la puerta.

Blan. (*A Stradella.*) Te espones mucho.

Stra. Veré el peligro cara á cara; pero ademas de todo, para temblar asi cuántos son ellos?

Fel. Yo no he visto mas que uno.

Stra. (*Sonriendo.*) Un solo hombre! Y le tendria yo miedo!

Mal. (*Aparte, asustado.*) Cáspita! tiene valor!

Stra. Abrid, Felipa. (*Felipa sale.*) (*A Blanca.*) No temas, niña, seremos dos para uno, tranquilízate.

ESCENA X.

LOS MISMOS. UN DESCONOCIDO. FELIPA.

Fel. Por aqui, señor, por aqui.

Mal. (*Aparte, mientras que el desconocido saluda á Stradella y á Blanca.*) No le conozco; si será algun rival! En nuestro oficio lo que mata es que somos muchos.

Stra. (*Al desconocido.*) Podré saber á quién tengo la honra...?

Des. Honra! No hay ninguna honra en esto: yo no soy mas que un simple mercader de Liorna.

Stra. Y á qué debo esta visita?

Des. Tal vez importuna.

Stra. Imprevista al menos.

Des. A la causa mas sencilla; hace un momento que estaba yo en casa de un comerciante cuando vos entrásteis alli.

Stra. Ciertamente, ya me acuerdo. Perdonadme si no os he reconocido al momento.

Des. No me habeis visto mas que una sola vez, nada tiene de particular; pero no me tendreis al menos por torpe, porque yo no os habia visto jamas, y al observar vuestra emocion cuando yo hablaba de

Stradella, vuestro turbado semblante al saber el secuestro puesto á vuestros bienes, pronto conocí que erais...

Stra. El artista mas apurado de toda Italia, no lo niego.

Des. Pues de ese apuro es del que vengo yo á sacaros.

Blan. Qué escucho?

Stra. Y de qué modo?

Des. Poniendo á vuestra disposicion dos mil ducados.

Stra. y *Blan.* Es posible...?

Mal. (*Aparte.*) Dos mil ducados...!

Fel. (*Bajo á Stradella.*) Desconfiad.

Des. Aqui los teneis. (*Saca su bolsillo.*)

Stra. (*Despues de haber con una mirada tranquilizado á Blanca.*) Tal generosidad...! por mi alma que no me quiero hacer rogar... viene este socorro tan á tiempo... sin embargo (*Desechando la bolsa.*) no puedo aceptar un beneficio...

Des. Beneficio...! nada de eso; nosotros los comerciantes no damos nada por nada; se trata solo de un ajuste que vengo á hacer con vos.

Stra. (*Con alegria.*) Un ajuste...! por mi vida que si encontrais en mi equipage algo que valga dos mil ducados...

Des. Oh...! yo sé buscar mejor...! lo que yo quiero está (*Mostrando la frente de Stradella.*) allí.—

Stra. Pero sepamos por fin qué es...?

Des. Una de vuestras inspiraciones, un motete vuestro.

Todos. Un motete...!

Des. (*A Blanca.*) Perdonad, señora, si hablamos de negocios delante de vos...

Stra. Pero, vive el cielo, que no sé para qué necesiteis un motete mio.

Des. Es un capricho... debe haber en breve boda en mi casa, y quiero que la fiesta sea completa, que haya algo estraordinario que me dé importancia, que haga hablar de mí... y nosotros los comerciantes, tratándose de artes, vamos siempre á los hombres célebres; eso nos libra de juzgar por nosotros mismos. Y con tal que nos den algo en que haya verdadero genio, no nos detenemos en el precio... asi es que hace tiempo que me hubiera dirigido á vos, si no se hubiese dicho que os habíais negado á servir de este mismo al gran duque de Toscana, que tanto deseo tenia de poseer una composicion vuestra para las bodas de su hijo.

Stra. Y es cierto...! para el gran duque... nada... nada...! aun cuando cubriese cada una de mis notas con un diamante.

Blan. Modérate, querido.

Des. Por qué moderaste, señora? eso fuera bueno si los Médicis fuesen todavía, como en su origen, unos mercaderes que enviaban buques hasta las Indias, que, desde su escritorio, hacian tratados con los tronos, y negociaban el reposo de las naciones, ó los triunfos de los ejércitos...! Pero en el dia que solo son unos meros príncipes, unos pobres soberanos hereditarios, no hay necesidad de hacerse violencia para callar...

Stra. Teneis razon... sois un hombre de buenos sentimientos... aunque á la verdad, algo estravagante... tomad esos cinco... tendreis el motete que deseais.

Des. Con que es trato hecho...!

Stra. Sí, tan solo á una condicion...

Des. Y cuál...

Stra. Que nos acompañareis á comer.

Des. De veras...! me ofreceis... á mí, que he venido á especular con vuestro apuro...

Stra. Precisamente... es para vengarme; tendreis que hacer penitencia...

Blan. Pronto, Felipa... Malvolio... la mesa.

Mal. (*Aparte.*) Dos mil ducados por un motete! por ese dinero le hubiera yo asesinado á toda Florencia.

ESCENA XI.

STRADELLA. EL DESCONOCIDO. BLANCA.

Des. (*Aparte.*) Se ha negado á irme á ver á mi palacio; pues bien, yo he venido á verlo á él á su casa.

Stra. Me estoy riendo de pensar la rabia que tendrá el gran duque cuando sepa que he hecho para un mero mercader lo que no he querido hacer para su alteza... y para que tenga mas rabia... voy á escribir con cuidado vuestro motete...! cuanto mas efecto produzca... tanto mas pateará el gran duque.

Des. Con que tan mal lo quereis...? qué os ha hecho?

Stra. Nada... nada... un capricho... me desagrada... lo detesto... es uno de esos hombres cuya presencia me haria daño, y á quien no podria mirar cara á cara...

Des. Pero en fin, de qué lo culpais...?

Stra. De ser un ignorante, sin gusto, sin ideas... un llamado protector de las artes, que no las conoce en lo mas mínimo, aunque no por falta de orejas... un verdadero Midas...

Des. (*Sonriendo.*) Ya entiendo... y vos sois el Apolo...

Stra. Y por qué no...? modestia á un lado... yo me he acreditado en mi género, como él en el suyo.

Des. (*Sonriendo.*) En el de las orejas...? bien puede ser... y solo encuentro una dificultad, y es, que jamas habeis estado, á mi entender, en Florencia de diez años á esta parte que la Italia os admira...

Stra. En ese tiempo no... pero... antes... pues qué, la Toscana no es mi patria...?

Des. Qué fortuna...!

Stra. Y eso qué os importa á vos?

Des. A mí nada... pero la gloria del pais...

Stra. Pero si vos no sois de él...

Des. Ó! no, eso no... yo soy de Parma...

Stra. (*Bajo á Blanca.*) Calla! yo creía que nos habia dicho otra poblacion.

Des. Con que en fin...

Stra. Nada... hace quince años... entonces tenia yo diez y seis... mi madre, labradora de la frontera, viuda de un triste soldado, todo lo habia sacrificado para hacerme estudiar en Florencia. Para proporcionarle mejores dias nadie puede adivinar los esfuerzos que yo hice. Cuando fue preciso separarme de ella, mi pobre madre derramó muchas lágrimas. Asi fue, que pensando en su choza ningun esfuerzo me parecia grande, con tal que de él esperase la victoria, porque me decia yo á mí mismo: "es para mi pobre madre... ella me bendecirá."

Des. Por fin...

Stra. Por fin, ya creía tocar al término. Habia logrado salir del camino trillado; habia sabido crearme una habilidad particular; en fin, era yo... Se abre un concurso, un certámen; el duque vino á él.

Des. Rara cosa...! Y qué hizo? (*Aparte.*) Yo ya no me acuerdo...!

Stra. Qué hizo? nada; una hazaña. Empezó á aplau-

dir voces comunes, métodos vulgares, habilidades en flor que jamas han dado fruto... llega por fin mi turno... tenia miedo, pero me acordé de mi pobre madre, y estuve superior á mí mismo.

Des. Y el gran duque...

Stra. La echó de inteligente, y no encontrando todos los melindres comunes á que estaba acostumbrado, sabeis lo que hizo? "Pasemos á otro... pobre muchacho, jamas hará cosa de provecho."

Blan. (*Soltando la carcajada.*) De veras?

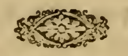
Des. En cuanto á eso, os doy la razon, obró mal; pero le habeis desmentido despues de tal modo, que os debeis creer en paz.

Stra. En paz. Ó! tal vez, si no me acordase mas que de los desprecios, de los insultos de mis compañeros, de mis mismos maestros, cuya envidia, comprimida hasta entonces, miró este fallo como una arma para humillarme, para proscribirme, le perdonaria á vuestro Fernando el desalentarme... pero la muerte de mi madre, que no pudo resistir á la pérdida de sus esperanzas...! Al recordar este suceso no puedo detener las lágrimas... Mi pobre madre, que murió de dolor y de miseria...! por qué no vive ahora...? yo la haria feliz...!

Blan. No te aflijas asi, querido Stradella.

Des. Siento en el corazon...

Stra. Pero dejemos en paz á los príncipes, su proteccion y su buen gusto... (*Al ver la mesa, que traen Felipa y Malvolio.*) Esto es mas sólido é interesante...



ESCENA XII.

LOS MISMOS. MALVOLIO. FELIPA, *trayendo una mesa cubierta.*

Stra. Vamos, querido mercader, vamos á la mesa...(*Se sienta.*) Y para cambiar de conversacion, habladnos de comercio, de vuestros negocios... Qué es lo que vendeis...? qué teneis en vuestros almacenes...? cuál es el género de vuestro comercio...?

Des. Del mio...! lo que domina son... son los objetos de lujo... sederías, terciopelos...

Blan. Hola...! oh! tendria mucho gusto en ver vuestros almacenes.

Des. Estan á vuestra disposicion, señora; si pasais alguna vez por Plasencia...

Stra. Cómo Plasencia...! Hace un momento decíais Parma...

Fel. Pues yo me acuerdo de haberle oido decir Liorna.

Des. (*Aparte.*) Maldita memoria...!

Blan. (*Bajo á Stradella.*) Mira cómo se turba...!

Mal. (*Aparte.*) Es un compañero; pero vive el cielo que no es muy ducho...!

Stra. Parece, señor mercader, que cambiais á menudo de residencia.

Des. Nada tiene eso de estraño. Tiene uno depósitos en tantas poblaciones...

Stra. Por de contado... podríais decirme á cómo costaria la tercia de terciopelo igual al que lleva puesto mi muger...?

Des. (*Aparte.*) Qué aprieto, Dios mio...! (*Alto, mirando el trage de Blanca.*) Es muy bello.

Stra. Con que...?

Des. Pues... pero ya se ve... como...

Stra. (*Clavando en él la vista.*) El precio...?

Des. (*Aparte.*) Mil veces me he puesto mi manto ducal, pero jamas he inquirido el precio.

Stra. Vamos, señor mio, cuánto vale la tercia...?

Des. Segun... diez ó doce ducados...!

Fel. Doce ducados...! Vírgen Santa... yo no he sido jamas tendera, pero cuando gusteis, yo os daré la tercia de terciopelo igual á este á cinco ducados lo mas, y mejor tal vez, porque este tiene algodon.

Stra. (*Recio.*) Basta, Felipa.

Fel. (*Bajo.*) No hablaré mas, pero... mi querido señor... una sola palabra... (*Le habla al oido.*)

Des. (*Aparte.*) Qué diantres tienen que hablarse con tanto misterio...?

Stra. (*Bajo á Felipa.*) Y estás segura...?

Fel. (*Bajo.*) Lo juro.

Stra. (*Bajo.*) Pues está bien. (*Alto á Malvolio, poniéndole el vaso.*) Vino, Malvolio. (*Al desconocido con energía.*) Querido, no bebereis á mi salud...?

Des. Cómo no...? Con todo mi corazon.

Stra. (*Al desconocido con fuerza.*) Eso estrechará las amistades, y falta me hace, porque acabo de saber que un espadachin, un asesino, se ha introducido en mi casa...

Blan. (*Queriéndose levantar.*) Cielos...!

Stra. Siéntate, hija mia; no tengas miedo...!

Des. (*Con viveza.*) Un asesino...! si es cierto... cualquiera que sea vuestro resentimiento con el gran duque, no dudeis, venid á su palacio... yo mismo os conduciré á él.

Fel. (*Bajo á Stradella.*) Bien os decia yo...

Stra. El camino no estaria tal vez libre de riesgo... y á mas, el miserable no está tan adelantado co-

mo presume; tiempo tenemos de beber. Sentaos... yo os lo ruego... Echad vino al señor, Malvolio.

Mal. Está bien, señor.

Stra. Le probaré que un puñal levantado contra mi pecho, puede volverse contra el suyo... y este brazo...

Mal. (*Aparte, temblando mientras echa de beber.*) Jesus Nazareno...!

Stra. Tened cuidado, señor; vuestro vaso tiembla...

Des. Nó, es la botella.

Stra. Bebamos, pues.

Des. A vuestra larga prosperidad...!

Stra. Y al arrepentimiento del traidor... porque si yo lo descubro, puede encomendarse á todos los santos de su devocion. (*Aparte, observando beber al desconocido.*) No ha vertido una gota.

(*En este momento, tres golpes dados con fuerza á la puerta hacen temblar á todos los presentes.*)

Blan. Ah! Dios mio...!

Stra. Quién llama asi...? Id á abrir, Felipa...

(*Felipa sale; al mismo tiempo se oye una voz gritar fuera.*)

Una voz. Abrid, en nombre del gran duque.

Mal. (*Aparte.*) Del gran duque...!

Blan. Somos perdidos...!

Stra. No temas... yo te defenderé.

Mal. (*Aparte.*) Malsines...? vendrán á quitarme el pan de la boca.

ESCENA XIII.

LOS MISMOS. FELIPA. BELMONTE. DOS ESBIRROS, *que se colocan á los lados de la puerta de la entrada.*

Bel. (*Con la espada en la mano.*) El señor Alejandro Stradella...!

Stra. Soy yo...

Bel. (*Desdoblando un papel.*) Escuchad órdenes que os conciernen. (*Lee.*) "En nombre del muy alto y muy poderoso señor Fernando II de Médicis, gran duque de Toscana, y á peticion de la serenísima república de Venecia, el llamado Alejandro Stradella, acusado de rapto en la persona de una doncella noble, será detenido donde quiera que sea hallado dentro del territorio de Toscana, y conducido otra vez á Venecia, para dar cuenta de su conducta ante el consejo de los diez. La señora Blanca Grimaldi será detenida igualmente, y puesta en manos de su familia."

Blan. Ya no hay esperanzas...

Mal. (*Aparte.*) Esto es un robo... infeliz de mí...!

Stra. Qué tal...! y dirán luego que hago mal en no dirigirme al gran duque...? Hé aqui cómo protege á los artistas... hé aqui cómo el descendiente de Lorenzo el magnífico entiende la hospitalidad.

Bel. Os espero, señor Stradella; y á vos lo mismo, señora.

Blan. Lo único que os pido en nombre de Dios es que no nos separeis.

(*El desconocido, que ha escuchado sonriéndose á Stradella, detiene á Blanca en el momento en que va casi á echarse á los pies de Belmonte.*)

Bel. Lo siento, señor, pero las órdenes que he recibido son terminantes en ese punto.

Des. Deteneos, señor capitan... Ó yo conozco muy mal las leyes de este pais, ó la fianza de un ciudadano conocido de Florencia hace inviolable toda libertad.

Bel. Asi es, señor.

Des. Yo soy ciudadano de Florencia, y soy fiador de Stradella y su señora.

(*Movimiento de Blanca y Stradella.*)

Mal. (*Aparte.*) Ya lo tenemos de Florencia.

Bel. (*Adelantándose.*) Pero señor... (*En este instante ve el rostro del desconocido, y se detiene con sorpresa.*) Qué veo...!

Des. Con que no hay mas que hablar... Por su parte, el señor Stradella y la señora Blanca se obligan á no salir de Florencia sin permiso del gran duque.

Stra. Yo lo prometo.

Bel. (*Con respeto.*) Basta...

(*Belmonte va á saludar segunda vez; una seña del desconocido lo detiene.*)

Des. (*A Malvolio.*) Enseñad á esos señores el camino. (*A Belmonte.*) Sigilo.

ESCENA XIV.

LOS MISMOS, *menos* BELMONTE *y* LOS ESBIRROS.

Stradella ha quedado estupefacto de lo que ha visto. El desconocido se acerca á él y le toca ligeramente en el hombro.

Des. Qué tal...! no decis nada...!

Stra. Digo, señor mercader de Parma, de Plasencia, de Liorna... ó... seais lo que os dé gana; sería un ingrato si no confesase que me habeis hecho un gran servicio sacándome de manos de estos desalmados. Perdonadme mis sospechas.

(*Le da la mano.*)

Des. Cómo, sospechas...?

Stra. Sí, sospechas... esa loca de Felipa...

Des. Pero amigos, yo os dejo. No olvideis mi motete; os advierto que quiero una obra maestra, que tengo prisa.

Stra. Ahora mismo voy á la capilla del convento inmediato á hacer mi oracion, segun costumbre cuando tengo que entregarme á alguna composicion importante... vuelvo al momento... me encerraré y me pondré al piano.

Blan. Cantareis una hora ó dos.

Des. (*A Stradella.*) Cantareis?

Stra. Oh! sí, para inspirarme.

Blan. Son los momentos en que está mas feliz.

Stra. Mañana... tal vez esta misma noche estará hecho el motete.

Des. Entre tanto hablaré por vos... veré á mis amigos... y si quereis por fin hacer las paces con el gran duque...

Stra. Menos que nunca...! despues de las órdenes espedidas contra nosotros.

Des. Oh! que no sea ese motivo! esos pobres príncipes... les hacen hacer tantas cosas sin que ellos lo sepan... (*Aparte.*) Esta vez sobre todo...

Stra. No importa... os lo repito... no trabajaré jamas para él; nunca cantaré en presencia suya...

Des. (*Aparte.*) Eso está por ver...

Stra. (*Tomando su sombrero.*) Y á mas, qué necesi-

dad tengo de vuestro gran duque estando vos ahí...?

Des. Teneis razon... para serviros en vuestros apuros, qué mas da él que yo...?

Blan. Tanta generosidad... cómo quisiera poderos dar una prueba de mi gratitud...!

Des. (*Bajo y con viveza.*) Teneis un medio de hacerlo.

Blan. Cuál es...? (*El desconocido le dice una palabra al oido; ella da señal de sorpresa.*) Es posible...?

Stra. (*Acercándose á Blanca.*) Qué dices?

Blan. Digo, querido, que nuestra posicion no debe inquietarnos, una vez que... el señor... tiene la bondad de interesarse por nosotros.

Stra. (*Al deconocido.*) Y hace un instante os creía ella un espadachin. Hé aqui lo que son las mugeres. Vamos, salgamos.

ESCENA XV.

MALVOLIO.

Tan luego como salen todos, se adelanta alegre frotándose las manos.

Vamos, vamos, esto va magníficamente... Sin este buen mercader la justicia me quitaba este hombre, y con él los honorarios que tan legítimamente me pertenecen, y destino á mi cara mitad... Es tan dulce trabajar uno para su familia! (*En este momento se oye un ligero ruido en la puerta escusada.*) Qué es eso...? Quién hace ruido...? qué necio soy...! Es el viento... Antes de todo pensemos en asegurar la retirada... Esta puerta, segun me han

dicho, conduce á una escalera secreta, y con la ayuda del picaporte de la vieja... (*Lo saca de su bolsillo.*) Es una invencion magnífica la de los picaportes... No hay puerta que resista... ni cerradura que no ceda. (*Le pone en la cerradura.*) Cómo...! No abre... (*En el momento en que va á volver á poner la llave en la cerradura, se abre la puerta y sale Carcaso envuelto en una capa; Malvolio se detiene asombrado.*) Qué veo...!

ESCENA XVI.

MALVOLIO. CARCASO.

Car. Un hombre...!
Mal. Quién vive?
Car. Amigo.
Mal. Carcaso!
Car. Malvolio!
Mal. (*Amenazándole con un puñal.*) Culebra...!
Car. Serpiente...!

(*Los dos permanecen un instante en la misma postura con los puñales alzados; de repente Carcaso se echa á reir. Malvolio hace lo mismo.*)

Car. Si nos hacemos daño uno á otro...
Mal. En verdad... dos padres de familia... Vaya, hablemos como honrados compañeros que estan en rivalidad, es cierto, pero que se estiman...
Car. Que han nacido para estimarse.
Mal. Este bendito de Carcaso!
Car. Este bendito Malvolio... cómo está tu muger...?
Mal. Buena, á Dios gracias. Y tus niños... tu último niño... sus dientecitos...
Car. Le estan saliendo ahora. Pronto cederé mis par-

roquianos á mi hijo mayor... un bello mozo... lleno de talento...

Mal. Con que, hablemos claro. Tú vienes á...

Car. Sí; y tú...?

Mal. Yo tambien...

Car. De parte de quién...?

Mal. Del señor Morosini... el ex-futuro de la señora blanca... noble siciliano, algo vilioso... muy hombre de bien... Y tú de parte de quién vienes...?

Car. De la de la señora Hortensia, la abandonada de nuestro maestre, napolitana de ojos negros, con pasiones de fuego, y un corazon como el Vesubio... Por lo demas bellísima criatura, paga en buena moneda...

Mal. Caspita...! Pero dos aqui... para qué...?

Car. Si echásemos suertes á quién...? Precisamente tengo aqui...

(*Saca dados del bolsillo.*)

Mal. Y para qué eso...? Asociémonos...

Car. Cómo, asociarnos para tan poca cosa... dos hombres para... y el honor...

Mal. Has visto tú al maestro Stradella...?

Car. No, jamas... y lo siento... no haber oido al primer cantante de Italia...! yo que soy hombre tan fanático por la música...! es vergonzoso...!

Mal. Pues bien, compañero, el primer cantante de Italia es un pedazo de hombre que tiene los puños á lo menos tan fuertes como los pulmones... Y si no llevase yo siempre conmigo una reliquia de San Genaro... que tiene la bendicion del santo padre... hubiera sin duda renunciado ya á...

Car. Cobarde...!

Mal. Cobarde...! Cobarde...! Vaya, hazlo tú solo, valenton...

Car. Necio...! de qué sirve la fuerza en nuestro oficio...! la fuerza para nosotros es lujo... con maña todo se consigue...

Mal. No importa; por sí ó por no, ningun daño hará el que seamos dos...

Car. Corriente... Y en dónde operamos...?

Mal. Aqui... Va á venir dentro de un momento á encerrarse en esta habitacion para cantar...

Car. Cómo...! cantará...?

Mal. Toma...! y eso qué importa...?

Car. Qué dicha! Yo que hace tanto tiempo que deseo oirlo...

Mal. De una pedrada matarás dos pájaros...

Car. (*Riéndose.*) Y enviaremos á nuestro artista derecho al paraiso... recomiendo su alma á santa Cecilia...

Mal. Quieres callarte y no gastar chanzas con esas cosas...?

Car. (*Aplicando el oido.*) Alguien viene...

(*Se oye la voz de Stradella que talarea fuera.*)

Mal. Es nuestro hombre...! Presto, presto... á nuestro lugar...

Car. Qué momento...!

Mal. (*Empujándole.*) Cuando empiece á cantar...

Car. (*Volviendo.*) Ah...! me olvidaba...

Mal. Vete, miserable...

(*Lo empuja hácia la puerta de la escalera secreta, por la cual ambos desaparecen.*)

ESCENA XVII.

STRADELLA.

Stradella entra con precipitacion y se pasea por algun rato en silencio, pero muy agitado.

Sí, ya he encontrado el tema... Me parece que esta composicion no deshonrará á sus hermanas. (*Se sienta delante de una mesa.*) Veamos... ahora que estoy solo... á ver si puedo estampar algunas frases... *largo maestoso.* (*Talarea y se dispone á escribir, y despues se detiene de pronto.*) No... esto no está bueno... es trivial... sin color... (*Arrojando la pluma con rabia.*) Maldito oficio...! No hay remedio, es preciso encontrar bellas ideas á hora fija... le pagan á uno para eso... Y cuando la inspiracion le falta á uno, un silbido es la recompensa... Ah! si ese público que silba se viese en nuestro pellejo, obligado á crear...! entonces veriamos...! Vaya... volvamos á probar de nuevo...! no sé qué diera por servir á ese mercader que se ha dirigido á mí con tanta confianza... al menos que mi obra valga tanto como su dinero.

(*Va á sentarse como buscando ideas en su imaginacion; la puerta secreta se abre con silencio, y Malvolio y Carcaso salen, cada uno con un puñal en la mano.*)

ESCENA XVIII.

STRADELLA. MALVOLIO. CARCASO.

Stra. (*Revolviendo las papeles de su mesa encuentra*

un himno á la Virgen.) Un himno á la Vírgen...! Feliz ocurrencia...!

Mal. Vamos, este es el momento.

Car. (*Deteniéndolo.*) Silencio.

(*Stradella se sienta al piano y toca un brillante preludio. En este momento se abre la puerta del fondo, y Blanca sale con mucho cuidado conduciendo al desconocido, que lleva encima de su trage una rica cadena de oro, de la cual está pendiente una cruz de diamantes. Siguenle señores, pages y guardias, que permanecen en la galeria esterior. Stradella, absorto en su composicion, nada ve de lo que en su torno pasa.*)

Car. (*Con entusiasmo, pero bajo.*) Bello...! Bravo...! Bravísimo...!

Stra. Ya tengo el tema...! ya tengo el tema...!

ESCENA XIX.

LOS MISMOS. EL DESCONOCIDO, Ó EL GRAN DUQUE. BLANCA. FELIPA. ACOMPAÑAMIENTO, &c.

Stra. (*Canta.*)

MÚSICA DEL MAESTRO DON RAMON CARNICER.

El perfume de tu altar,
Madre del amor viviente,
Ni es el perfume de Oriente,
Ni el clavel, ni el azahar;
No; tu perfume es mejor:
Hija del Eterno Padre,
Del Hijo amorosa Madre,
Tu perfume es nuestro amor.

Dos corazones angélicos
Que viven porque te adoran,
Tu piedad, ó Madre, imploran
En premio de su virtú.
Al mar del mundo sin brújula,
Tal vez perdidos navegan;
Ay! si en tus brazos se entregan,
Enlázalos, Madre, tú.

(*Tan luego como Stradella ha empezado á cantar, se ha descubierto Malvolio con respeto; se postra insensiblemente, en lo cual le imita Carcaso. A la conclusion de la estrofa este último no puede reprimirse, deja caer el puñal, aplaude con las manos, se postra, y esclama:*)

Car. (*Aplaudiendo.*) Bravo, bravísimo...! Es el canto del cisne...!

Blan. (*Adelantándose con precipitacion.*) Qué escucho...? (*Al notar los puñales que tienen los dos hombres á sus pies, da un grito.*) Ah...!

Stra. (*Saliendo de su éxtasis.*) Qué es eso...? qué es eso...?

Blan. Dios mio...! asesinos...!

Gran duque. Cómo...! esos dos hombres...

Stra. (*Acercándose á los dos hombres, que permanecen de rodillas.*) Responded, miserables... Es cierto...?

Car. Señor... (*Stradella hace un gesto amenazador.*) pero cantais tan bien...

Mal. Todavía estoy conmovido...!

Gran duque. Es posible...? Tal efecto ha producido en...

Stra. Pero qué significa tanta gente... esplicadme eso... duermo, ó estoy despierto...?

Gran duque. Stradella, habiais jurado no cantar jamas delante del gran duque, pero vuestra Blanca os ha hecho faltar al juramento, porque... el gran duque os acaba de oir cantar.

Stra. Cómo, señor...!

Gran duque. Y doy gracias á mi curiosidad, porque ella me hubiera proporcionado el gusto de defender vuestros dias, si vuestro raro genio no hubiese hecho este milagro... (*Dándole la mano.*) He sentido vuestras quejas de esta mañana... me he dado palabra de haceros olvidar mi falta para con vos, y de conquistar vuestra amistad... Acabo ya de escribir al dux de Venecia á fin de que haga cesar las persecuciones dirigidas contra vos.

Stra. Señor, mi gratitud...

Gran duque. Mientras llega la contestacion, os ofrezco un asilo en mi palacio...

Stra. Para probaros que no olvido jamas un beneficio, acepto esa oferta, y prometo á vuestra alteza cantar yo mismo en la boda de su hijo el motete que me ha encargado.

Gran duque. Gracias, Stradella...! (*Volviéndose á los asesinos.*) En cuanto á estos miserables...!

Stra. Oh! Señor, os pido su perdon...! les debo el mas bello triunfo de mi vida... como Orfeo, he enternecido á...

Car. y *Mal.* (*A gritos.*) Viva el señor Stradella! Viva!

FIN.